

A UN GRAN POETA ¹

*¡Oh Poeta, las almas te escuchan. Hábla. Impéra!
Echa atrás, con un gesto, tu oscura cabellera,
Como la de un felino soberbio sobre cuya
Cerviz pasa una mano femenina, la tuya,
Y desatando en ondas el verso hecho de lumbre,
Haz flotar sobre el pueblo, como desde una cumbre,
La noche en tu melena, y en tu palabra el día!*

La turba está en silencio y tu ademán espía.

*¿Por qué callas? Levántate, y una vez más entona
La rimada parábola que arrulla y que alecciona.
Ofréce melancólicos desfiles de camellos
A los fatuos que sólo saben reír; a aquellos
Que vegetan e ignoran la abnegación serena,
Muéstrales la aureola del mártir en la arena;
Al burgués que prospera sin recordar los males
Que lo imploran, enséñale, tendido en sus umbrales,
El triste can de Anarkos; y al hombre que no sueña
Desplégale en el alma dos alas de cigüeña.
¡Hábla! ¿Por qué se inclina tu frente, y tu pupila
Escudriña la turba, y en vez de arder, cavila?
¿Vas a truncar de pronto tu dulce apostolado?
¡No, que súbitamente tu sien se ha levantado!*

*Tus labios se entreabren — y bajo el cielo en calma
Es perceptible el vuelo tremente de cada alma
Hacia el festín de olvido que apréstanle tus labios —;
Tu mano se alza, — y odios, rencor, codicia, agravios,
Prosaicos apetitos, sectarias divisiones,
Todo lo que marchita pueblos y corazones,
Todo lo que condenan, Moisés cantor, tus tablas,
Al gesto de tu mano se desvanece. — ¡Y hablas!*

(1) Poesía publicada en el número de *El Nuevo Tiempo*, correspondiente al 28 de enero de 1918.—(N. del E.).

Hablas... Pero, ¿qué vértigo te invade? ¿Eres el mismo?
 ¿Qué soplo lamentable de corruptor realismo
 Turba tu frente, "nido de férvidas estrofas"?
 ¿Sueñas? ¿Soñamos todos? ¿Qué ocurre en ti? ¿Te mofas?
 ¡Oh! ¡qué triste emboscada tendías a tus fieles,
 Agazapado bajo tu bosque de laureles!
 La copa en que esperaba gustar la turba ansiosa
 El vino que consuela de la terrena prosa,
 Hé ahí que se la tiendes mendicante y vacía
 En busca de políticos sufragios... ¡Oh ironía!
 Maestro, los neófitos venidos de muy lejos
 A escucharte, se quedan mirándote, perplejos.
 ¿"Candidato"? ¿Es posible? ¿Tan poco y tanto anhelas?
 ¿Así de alto te arrastras? ¿Así de bajo vuelas?
 ¡Ah! Descender del Monte de los Iluminados
 Para ceñir el nimbo de los Sacrificados,
 ¡Es bello!... Pero hundirse del pueblo entre la espuma
 —Gaviota que no teme desprestigiar su pluma
 Por recoger despojos en torno del navío—
 A pescar, de esas ondas en el vaivén sombrío,
 Fortuitos y gastados favores populares;
 En el rincón poblado de ritmos y pensares,
 Sobre la mesa cómplice del soñador deliquio,
 Dejar la rima en blanco y aislado el hemistiquio,
 Por salir a las calles en bullicioso raptó
 —Buhonero demasiado genial para ser apto—
 A anunciar un artículo que no es siquiera el tuyo;
 Cambiar tu sol de Grecia por el falaz cocuyo
 Del público entusiasmo, relampagueante y breve,
 Y para conseguirlo, rendir ante la plebe
 La lira sacrosanta, que al gesto en que la humillas,
 Con sus curvados flancos, parece de rodillas;
 Engañar, duplicarse, ser Jano y ser Tartufo
 Por alcanzar un mando, resulta extraño y bufo
 En quien nos ha prescrito, con giro noble y terso,
 "Sacrificar un mundo para pulir un verso"!

¡Oh! ¡qué golpe ha sufrido la lírica falange!
 Sí tú, su Guía, aceptas con avidez el canje
 De las grandezas nuestras por las grandezas de otros;
 Si haces del Arte un medio, no un fin — cuando nosotros,
 Tus soldados, hablemos de amor, de poesía,

De la misión sagrada que Apolo nos confía,
 Nos befará la turba, y es justo que nos befe: —
 ¿Quién respeta la causa cuando deserta el jefe?
 —“¡Querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo!”
 Así se va a los astros — pero también al lodo.
 No te acojas a un lema tan dúctil y tan vario:
 Quizá cuadre al artista; no cuadra al mandatario.
 Mira en la historia el cúmulo de abusos y de errores
 Que las naciones deben a aquellos conductores
 Que, impulsivos o indoctos, osaron de igual modo
 Querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo. —
 Y sin embargo, es esa, Cantor, tu sola excusa;
 A un tiempo, pues, traicionas al Pueblo y a la Musa!
 Si al menos tu cenáculo — ¿comprendes cuál? — tu nuevo
 Cenáculo el que ríe so capa del gran Febo,
 En ti viera otra cosa que un nombre claro, un foco
 Radiante y oportuno con qué dorarse un poco!
 Mas no... Bien saben ellos, cual lo sabe el planeta,
 Que no está en los comicios el reino del poeta;
 Bien saben que la arenga florida y laborada
 —Miel de almas y de oídos— no augura a un pueblo nada;
 Bien saben por la fábula como por el instinto,
 Que a cada sér otorga Natura un dón distinto;
 Que en un solo cerebro Verlaine y Thiers no caben,
 Y que cada obra tiene su obrero. Bien lo saben.
 Pero se encogen de hombros: basta a sus tramas toscas
 Un dulce panal vivo que capte humanas moscas!
 Engrosar su corrillo con todo el que desiste
 De un credo que (¡oh mudanzas!) tú mismo defendiste,
 Tal es su fin. Por eso, con solapado guiño,
 Te adoptan, Cisne lírico, y a tu plumón de armiño
 Le hacen el homenaje y al par el desacato
 De asimilarlo al blanco sayal del candidato.
 Estamos, pues, en plena comedia. ¡Y qué! La farsa
 ¿No es usual en la diaria política comparsa?
 Ellos trillan su senda tradicional. Lo extraño
 Es que tú, genio crédulo, te prestes a su engaño,
 Ejecutes su mímica con aire convencido,
 Declames sus cartillas, y después de haber sido
 Aguila del Parnaso, sesgando el vuelo al solio,
 Pretendas ser ahora ganso del Capitolio!

*¡O será que en tu mente, como oruga rastrera
Que entre una flor magnífica ronda, calla y prospera,
Desde hace mucho, sordo cual un remordimiento,
Replegado al peligro y a la ocasión atento,
Haciéndose un disfraz del pétalo que engulle,
Pero cada vez menos amortajado, bulle
Debajo de la pompa floral de tus canciones,
El pequeño político roído de ambiciones
Que babea de envidia cuando pasa, sonoro
De nombres aclamados, “el céfiro del foro”?*

*¡Enhorabuena, entonces! No invoques ya tus cantos.
Tu musa es Egoísmo; tu nombre, uno de tantos.
Nuestro amor iba al Lírico — no al Rábula intrigante.
Ensáya, como un pitre, tu labia y tu desplante,
Y alégrate si acaso tu verbo sobrepuja
La risa de la maja y el silbo del granuja.
Tu gloria en callejera parada se convierte.
Hábla, que te miramos. Tu gesto nos divierte.
Y hé aquí que al observarte con ojos minuciosos,
No ya como discípulos, sino como curiosos,
Vemos —¿es realidad o es apariencia?— vemos
Que tu fértil melena, tortura de blasfemos,
Disminuída, mútila y humilde, se ha ajustado
A la civil y estrecha rutina de un peinado!...
En todo, aun en lo físico, tu estirpe se desmiente.
¡Oh! No puede ser digno, viril ni consecuente
Un programa, Tribuno, ni un ideal, Poeta,
Al cual, por primer gaje, le inmolas tu silueta!
¡Qué despertar el tuyo, mañana, si mañana,
Desdeñado de aquellos que tu elocuencia hoy gana,
Te vieras (Lamartine vio iguales despertares)
Errando a la ventura sin sueños ni cantares,
Ajeno al ciudadano tropel, que no te nombra,
Y sin poder tú mismo reconocer tu sombra!...*

*¡No! No aflijas la tribu que honraste y que hoy degradas,
Dándote en espectáculo tan triste a sus miradas!
Evíta un paralelo que ofende a tus devotos:
Nerón haciendo versos, tú conquistando votos.
Aún es tiempo. No todas tus urnas de ambrosía
De electorales urnas presumen; todavía,
Hijo insigne del Pindo, en tu oratoria asoma*

La exótica opulencia de tu primer idioma,
 Y mientras te ajetreas por plazas y teatros,
 Bien se ve que te estorban "las alas del Albatros".
 ¡Aún es tiempo! Suspénde tu demagogo alarde.
 ¡Ven!... Las colinas nadan en arrebol; la tarde
 Como una Berenice doliente se despide.
 Un reposo inspirado la inmensidad preside;
 Y, pues que lentos Angelus de las iglesias llegan,
 Los árboles, cual santos en oración, despliegan
 Sus hojas traspasadas de luz ante el Ocaso.
 La brisa ondula apenas para ser más de raso.
 Los objetos meditan en la quietud radiante,
 Y sus sombras parecen —más largas cada instante—
 Abrazar cada instante con más amor la tierra.
 Un denso y mixto efluvio de parques y de sierra
 En el aire teñido de múrice incendiario
 Gira... ¡Y toda la tarde se ha vuelto un incensario!

 ¿Desecharás todo eso?... Te lo vedan las rosas
 Y el amor; te lo vedan las almas y las cosas;
 Todo lo que, sensible o inanimado, aspira
 A la consagración sonora de la lira;
 Todo aquello de que eres el portavoz sagrado,
 Y por tanto —ya que amas las cosas del Estado—,
 El recóndito acento del pueblo dolorido,
 Que a veces de los grandes no llega hasta el oído,
 ¡Pero que irá a las nubes, si tú le formas eco!
 Vuélve a ti. "Sacerdocio" no es un vocablo hueco.
 Rómpe tus nuevos pactos: la madre Poesía
 Es celosa. Recóge tu cetro de armonía
 Y abandónala a su curso la ciudadana ola.
 ¡Acaricia tu cruz, y súfre tu aureola!—
 ¿Te queda algún patriótico temor? Míra al Oriente:

 Un resplandor que toma la forma de una frente
 Viene! En torno a esa frente tranquila y pensadora
 El albor de las canas es un albor de aurora.
 Y el níveo Enviado avanza con el sencillo aplomo
 De lo que llega y debe llegar. Y un "¡Ecce Homo!"
 Su presencia a los labios del Porvenir arranca...
 ¡Joven Laureado, déjala pasar la testa blanca!

UN POETA OSCURO